



LA PLAZA INDEPENDENCIA.

(Foto de Silvio Brignani, de la Fotografía Juan Caruso)

La rectificación de la calle Juncal, en su conjunción con la plaza, ha impuesto que, al el edificio de la esquina desaparezca en el futuro parte de la columnata que forma el de esa cuadra hacia Sarandí. Esta fotografía ha sido tomada enfocándola en el marco lumnas destinadas a desaparecer, recogiendo de ese modo una imagen que podrá ser de



Arcos de la puerta El Cristo.



La esbelta torre barroca de la catedral asoma, airosamente, por encima de casas y tejados como una aprendiz de Giralda.



Antigua catedral romano-gótica de final del siglo XII, ostenta un incomparable retablo mayor.

Aprehendido y condenado quedó en el pueblo el infeliz, mientras sus padres continuaban a Santiago. A la vuelta, hallaron a su hijo colgado y aún con vida, protestando de su inocencia. Acudieron al juez, que se hallaba comiendo con unos amigos, para decirles que le dejara descolgar a su hijo, agonizante todavía. El juez, en su banquete, rió del absurdo: tan vivo estaba el mozo como el pollo que él tenía delante de sí en el plato. Y entonces, ¡ah milagro!, Santo Domingo permitió que aquel pollo se levantara vivo del plato del juez, cantando ufano. Y hubo de reconocer que el ahorcado no lo estaba y que su inocencia le encontró valimiento cerca de Santo Domingo.

Por eso, en prueba del milagro, un gallo y una gallina (pareja que se cambia semanalmente) tienen su alojamiento en la Catedral, frente al sepulcro del Santo, llenando con sus alegres cacareos y cantos el silencio rara vez compacto de la iglesia.

La biografía de Santo Domingo de la Calzada es la de un rudo varón de alma infantil consagrado por entero a la maciza tarea de santidad. Si en la historia del gallo se cruzan la de Putifar y José, en la de Santo Domingo se reúnen las historias de todos los claros varones cuyo corazón no tuvo más norte que la búsqueda de Dios. Brindamos a los lectores piadosos el ejemplo de aquella existencia de amor cristiano, y a los solamente curiosos la efemérides de una vida que mereció ser beatificada y acatada por los hombres sencillos y de buena fe.

Riqueza, ornato, buen gusto, claro aire castellano y paisaje inolvidable, sobrio y rico, copioso y contenido: hileras e hileras de versos, digo de chopos, camino de la clerecía y camino de la sierra!

*

A once kilómetros de Logroño se encuentra Navarrete, y a 27 kilómetros Nájera. Nájera fue corte de los Reyes de Navarra

POR LAS VIEJAS TIERRAS DE ESPAÑA

LA RIOJA

SANTO Domingo de la Calzada está a 47 kilómetros de Logroño, y su altura es de 639 metros. De lejos, navegando la llanura inmediata, con sus chopos finísimos (jestos chopos de La Rioja!), ya se ama a Santo Domingo de la Calzada. Luego se comprueba que es una ciudad alegre, bien situada en la extensa y fértil llanura que baña el río Oja, típicamente castellana, poblada de casas solariegas con hermosos escudos en su piedra grabados.

La antigua catedral romano-gótica de final del XII contiene el sepulcro del Santo, y ostenta un incomparable retablo mayor. Su esbelta torre barroca asoma airosamente, por encima de casas y tejados como una aprendiz de Giralda.

Cuando entramos a la Catedral experimentamos una de las mayores sorpresas que en esta clase de visitas puede una llevarse: frente al sepulcro de Santo Domingo de la Calzada se levanta una lujosa hornacina llamada del Gallo y la Gallina porque, efectivamente, allí se encuentra esta pareja de aves desde el día, remotísimo, en que tomaron parte en uno de los milagros del Santo. Tablas hay colgadas en la Catedral que pormenorizan aquel milagro, y como documento viviente y de alta voz cantora, allí quedaron para ejemplo el gallo y la gallina dentro de la iglesia. ¿Os imagináis un gallinero, por bien trazado arquitectónicamente, con estilo y todo, que esté dentro de una Catedral? ¡Ay, en Santo Domingo de la Calzada lo tenéis! Parece ser que un matrimonio que iba con su hijo en peregrinación a Compostela, se alojó en una posada del pueblo; la hija de los posaderos se enamoró del mocito y realizó sus avances en vano... Despechada metió una copa de plata dentro del equipaje masculino, y cuando se alejaron del pueblo los peregrinos denunció al muchacho como ladrón.

y Residencia de los de Castilla. Posee el Monasterio de Santa María la Real, que es Monumento Nacional, Panteón de Reyes; curioso sepulcro de doña Blanca de Navarra. Claustro ojival. A 41 kilómetros se halla Berceo, patria de Gonzalo de Berceo, maravilloso paisaje imborrable! Es verdad, sí, que lo es, que los versos de Gonzalo son como los chopos: hileras e hileras de castos chopos esbeltos, puros, destacándose en el paisaje limpio y claro de una tierra roja, carnosa, que linda con el cielo más azul de la pintura primitiva.

Y a 44 kilómetros, San Millán de la Cogolla.

Hemos de ser sinceras: San Millán de la Cogolla me desilusionó. En Berceo, que no es ni pueblo, bebimos agua de la fuente que abastece desde Dios sabe cuándo, al que camina por aquel sol abrasante. Y aunque preguntamos con ahínco si se sabía la casa en que naciera el monje inmortal, nadie supo decirnos nada; amablemente, la telefonista sí, nos indicó que "acaso" fuera el actual Ayuntamiento la casa que buscábamos. Y nos completó su voluntaria información dándonos a su hija como acompañante para ir al verdadero monasterio de Gonzalo, que no es San Millán de la Cogolla, sino Yuso, o Suso (el de arriba), "el Escorial de la Rioja", el más famoso de la Edad Media, cuyo magnífico claustro gótico, iglesia grandiosa con hermosas pinturas y famosos marfiles del siglo XI, curioso archivo y rica biblioteca.

El verdadero convento de Gonzalo de Berceo es el de Suso (o de arriba), situado —dicen!— a un kilómetro de San Millán de la Cogolla, a media ladera de una estribación de los montes Distiercos, y cuyo origen visigótico parece ya indiscutible. San Millán lo edificó en el siglo VI, junto a las cuevas donde vivió casi cuarenta años.

La pobre el exterior del edificio; el atrio
 de entrada en la iglesia es el famoso
 "portaleio" donde versificaba Gonzalo de
 Berceo, y en él están las humildes tumba-
 das de los siete infantes de Lara y su ayo
 el niño Salido... (Un joven, hijo también de
 Berceo, es el encargado de enseñar todo aquello, tan profunden-
 mente venerable, y lo hace en riguroso silencio:
 una sola explicación sale de sus labios,
 que sirva para "ilustrar" ante el visitante, el
 que visita! Es posible que no sepa,
 como no le enseñe alguien a decir, a él o a
 quien enseñe el Monasterio, todo lo que
 en esta tierra aún y lo que representará siempre
 el mundo?)

La iglesia primitiva, también mozárabe,
 fue reconstruida y consagrada en 984 sien-
 do Rey de Navarra don Sancho II Abarca.
 En la actualidad, no diríamos que abandonada pero ca-
 da vez parece (aunque vimos obreros por allí
 quizá se dedican a la conservación del
 edificio), la iglesia seorea el más poblado
 de la zona, recorrido por aguas fresquitas, que
 se puede beber. Una lápida en el atrio antes
 de entrar recuerda que allí escribió el monje
 que fijaría para eterno la gran calzada cas-
 tellana de los versos. ¡Qué distinto paisaje,
 que intimamente parecidos, este de Suso
 el que rigió los primeros pasos del pintor
 Fr. Angélico, allá en su diminuto monaste-
 rio de Fiésole! Poesía y pintura, desemejan-
 tes y sin embargo unisonas en sentido mis-
 tico, discurrieron por mi alma durante el
 tiempo en que anduve —con gran esfuer-
 zo— por el montecico que lleva y trae ha-
 cia y desde Suso...

Allí arriba, sí, es posible ver a Gonzalo
 de Berceo; no en su pueblo, ni en San Mi-
 guel de la Cogolla. El cual, con todas sus
 riquezas, nos causó más fría impresión. ¡Y
 era tanto el prestigio de su nombre...!
 Por qué, pues, esto?

Carmen CONDE.

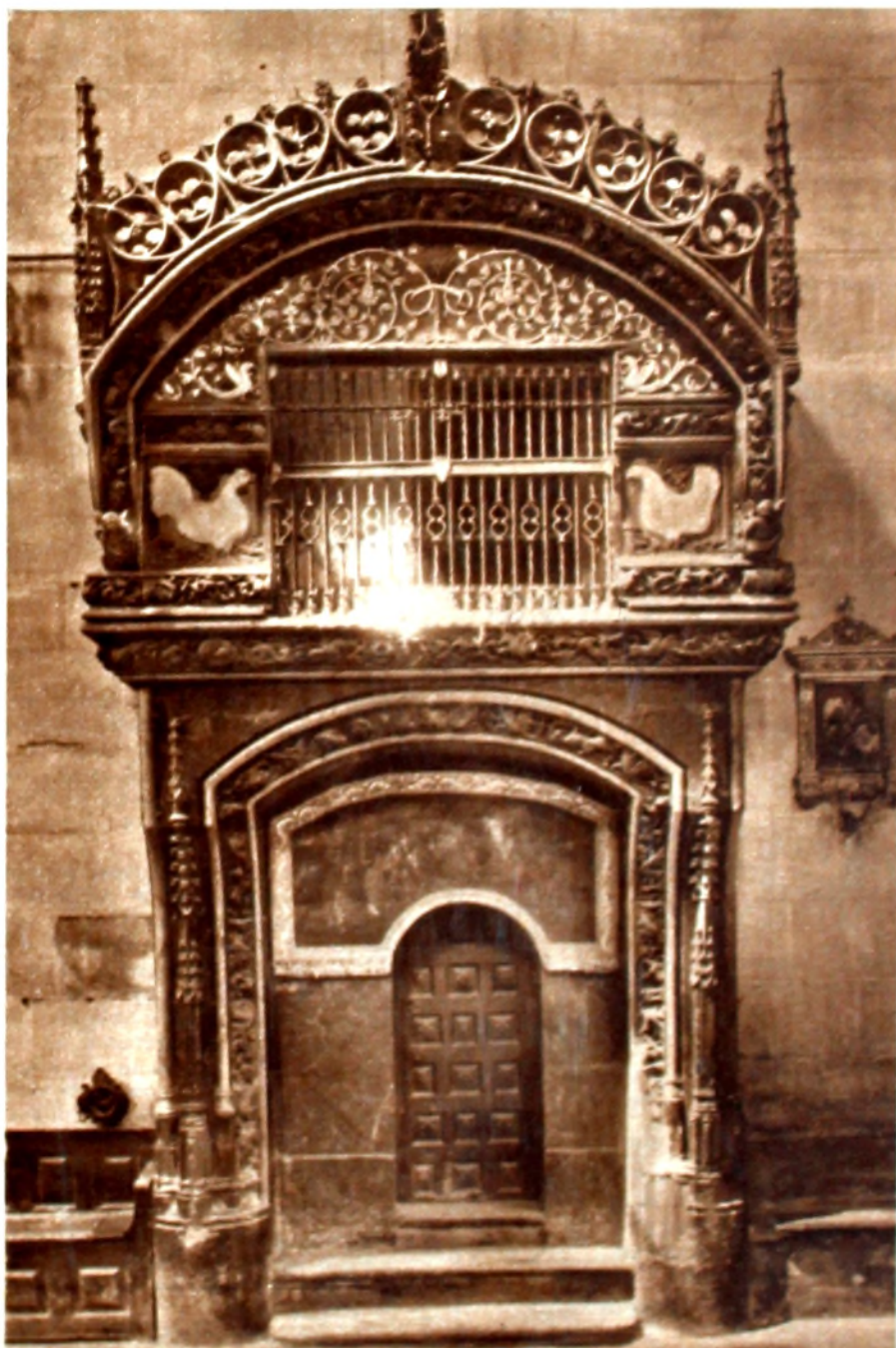


Vista general de Santo Domingo de la Calzada.

(Especial para EL DIA.)



Berceo, en donde nació aquel inmortal poeta Gonzalo.



Hornacina llamada del Gallo y de la Gallina, porque, efectivamente, allí se encuentra esta pareja de aves, casal que se cambia semanalmente, desde el día, remotísimo, en que formaron parte de un "milagro".

CON anterioridad a Florencio Sánchez, nuestro teatro vernáculo estaba reducido a esbozos de obras objetivas, de intrascendencia teatral y social, propias para el ambiente en que eran representadas: el picadero.

Otras manifestaciones teatrales, las obras de Blixen, por ejemplo, eran de corte romántico y desarrollo artificial, influidas por cánones europeos. Apenas si a fines del siglo XIX, Orosmán Moratorio con su drama "Juan Soldado" y Pérez Petit con el suyo titulado "Cobarde", ponen en la escena una nota de realismo nacional. El primero plantea la forma ruda y primitiva con que el gaucho, símbolo de nobleza, se enfrenta al despotismo de las autoridades, y el segundo sitúa la acción entre paisanos que cultivan el coraje indómito. Otras producciones, de ribetes ibsenianos, carecían de sello autóctono.

Con la aparición de Florencio Sánchez (1875-1910), queda fundado el teatro genuinamente nacional. Entra triunfante en escena nuestro dramaturgo, con su drama "M'hijo el doctor", pieza estrenada el 13 de agosto de 1903 en el teatro de la Comedia de Buenos Aires. Al año siguiente, "La gringa"; en 1905, "Barranca abajo", "En familia" y "Los muertos". Son representadas en 1907 las siguientes piezas: "La tigre", "Nuestros hijos" y "Los derechos de la salud". Al año después, "Marta Gruní". Hemos expresado sus obras fundamentales.

Florencio Sánchez creó veinte piezas teatrales, casi todas ellas de acción reivindicadora: acomete contra los vicios sociales, contra la prepotencia de las autoridades; contra los prejuicios y convencionalismos de la burguesía, contra los desafueros de los individuos del hampa. Trata los problemas de los campesinos, de los gringos, de los profesionales, de los pilletes, de los borrachos, de los enfermos y de los despreciados. Toda su obra está realizada sin elementos supernumerarios, con espontaneidad, con penetración psicológica y sentido artístico, sin alquimia retórica y un cabal sentido de la técnica teatral.

Cincuenta años no son una absoluta posteridad, pero son el comienzo de una posteridad. Juzguemos el teatro de Sánchez con la perspectiva de la distancia. El metro del tiempo es buen elemento de valoración.

Veamos por qué unas piezas de Florencio han supervivido victoriosamente y otras no.

Apresurémonos a declarar que las obras del gran dramaturgo que desafían los cam-

A LOS CINCUENTA AÑOS DE LA MUERTE DE FLORENCIO SANCHEZ



Don Zoilo y Martiniana, principales personajes de "Barranca Abajo".

bios de gustos y sensibilidades, son cuatro, fundamentalmente: "En familia", "Barranca abajo", "Los muertos" y "M'hijo el doctor". Estas obras suben a escena periódicamente sin agotar su atracción. Otras, si bien se repitieron a muchos años de aparecidas, ahora parecen haber quedado en el archivo de las cosas en desuso. Analicemos las causas.

De las cuatro obras cuyas perdurabilidad llegan a nuestros días, es sin duda "Barranca abajo" la más recia. Y tiene este carácter porque es la más exacta y la de más real observación. Asimismo, la de más coherente y apretada construcción. Su diálogo es realista, crudo, valiente. Sus tipos son verdaderos, fotografiados en su medio de acción. Fue concebida sin ninguna concesión, sin ningún propósito de éxito inmediato. Todos estos valores positivos le confieren duración. Lo propio ocurre con "En familia", en virtud de que no tiene tesis, ni floreos literarios, ni artificios, ni elementos de fugaz significación. Sus personajes son seres de carne y hueso, llevados y traídos por el destino. Nada más le falta a la obra para que persista en el tiempo. Todo en ella es exacto.

En análoga situación está el drama "Los muertos", cuyos dos primeros actos son una obra maestra de vida y de teatro. El tercer acto, de truculencia desbordada, choca hoy a nuestra sensibilidad. Los tipos que actúan son siempre actuales; todo en ellos es amargamente verdadero. Es obra de gran

dramatismo comunicativo; produce una imborrable impresión lacerante.

"M'hijo el doctor" persiste porque sus realistas escenas hieren profundamente la sensibilidad del oyente; pero es objetable desde varios puntos de vista. A pesar de ser la obra de un novel, fue concebida con extraordinaria eficacia; pero tiene el germen de elementos que no resisten los embates del tiempo. En primer lugar, la desigualdad escénica de la estructura. Su primer acto es de una realización pasmosa, uno de los mejores de todo el teatro de Florencio, pues tiene una escena de gran belleza poética, como es la del pájaro, y un final de extraordinario vigor. Pero los otros dos actos pierden eficacia teatral porque se diluyen en un matorral de discusiones ideológicas.

Aunque este drama no es propiamente de tesis, sustenta la ideología de los derechos y deberes de los padres y de los hijos, de la maternidad y del amor libre, y todo esto es tesis, carácter que conspira para la perdurabilidad de su obra.

Este elemento de tesis se confabula para la resistencia de su teatro, como ocurre con las obras más típicamente representativas de este género: "Los derechos de la salud" y "Nuestros hijos". Estas piezas tuvieron en sus comienzos una amplia repercusión. Ello se explica, porque estaban cortadas sobre los patrones del gusto de la época, de la moda de principios del siglo. Sus asuntos atrevidos tenían que gustar nece-

sariamente a la sensibilidad del público de entonces. Pero no hay nada más transitorio que las tesis, aunque encierran una verdad. Hay inconsistencia en los sucesos y excesos en las conclusiones.

Una tesis tiene que ser audaz y exagerada para que triunfe en el teatro; pero pasado el momento de oportunidad y entusiasmo, empieza a notarse cierta falsedad y cierto discutible artificio. Y el comienzo de la caducidad se inicia.

Además, estas dos últimas obras que comentamos, llevan en su seno otro enemigo: el clima de salón en que se desarrollan, en los personajes de las llamadas altas clases sociales que actúan y que Florencio no conocía, porque no frecuentó esos ambientes. De allí que sus criaturas carezcan de la frescura de la observación directa, que constituye el mayor atractivo de sus personajes de otros medios.

En consecuencia, el diálogo se torna ficticio al pretender ser refinado sin ser veraz y hay demasiada literatura en los parlamentos que defienden las proposiciones, carácter que tiene otra pieza, aunque es de otro ambiente y de vida muy conocida por Sánchez. Nos referimos a una obra de gran valor de observación y bien construida: "La gringa", que se estrenó sin éxito clamoroso, como tuvieron otras obras de Florencio. Poco después, público y crítica la consideraron como pieza de gran enjundia; ahora está en el olvido. Es un drama de vigorosa verdad sobre problemas del agro; pero su tesis sobre el entroncamiento de razas perdió ocasión y es demasiado razonada. La pieza tiene valores vitales, pero ciertos pasajes ideológicos la perjudican. El tiempo es implacable acerca de algunas normas de moral, de sociología y de circunstancias. Sólo respeta lo que tiene palpitación de vida plena.

No consideramos las restantes obras, ya definitivamente enterradas, que fueron admirables en su época; pero que hoy resultan anacrónicas o fuera de foco.

Sánchez fue un formidable motor teatral, de enorme talla artística, moralista valiente y apóstol social. Tuvo una potente retina para captar la realidad. Fundamentalmente, un hombre y un dramaturgo de su época; acaso influido por el teatro francés de tesis, que lo enredó en su artificio, y el naturalismo escénico italiano, que se adecuaba a su temperamento y sus aptitudes.

Forjó su teatro a martillazos, como el herrero su acero sobre el yunque.

Florencio tiene la bandera roja como símbolo. No se embandera ni en favor de clero, ni en favor de los liberales; está contra ambos; ni con los burgueses ni con los aristócratas, sino contra ambos y de parte de los proletarios. Su teatro es representativo de una época en que se iniciaban las huelgas en cadena, en que los levantamientos obreros eran generalmente verdaderas revoluciones sociales; teatro representativo de un período en que nucleaba la rebelión de las masas.

Los dramas y comedias de Florencio son magnífico fruto de una etapa social que ya cerró su ciclo, o por lo menos, se modificó sustancialmente.

La sensibilidad del público moderno, influido por las doctrinas de Freud, de Adler y de Yung, por el existencialismo de Sartre y Camus y por las corrientes del surrealismo, no se entusiasma mucho con el teatro de Sánchez, que ha quedado en un período histórico-social, como las tragedias de D'Annunzio, las piezas del tipo de "El enemigo del pueblo" de Ibsen, de "Juan José" de Dicenta, de "Muerte civil" de Giacometti y tantas obras de gran renombre en su justo tiempo.

¿Por qué el teatro de Florencio no ha rebasado los límites del Río de la Plata? Porque trata asuntos comarqueños, muy bien resueltos, pero regionales en su esencia. Y dentro del ambiente rioplatense, se representa más en el Uruguay que en la Argentina, quizá más por razones de patriotismo, que por la íntima convicción de sus valores de posteridad.

No se le puede reprochar a Sánchez que no haya creado tipos universales como Hamlet, Tartufo, Pedro Crespo, Segismundo... Hizo muy bien lo que pudo y cómo pudo. Su esfuerzo meritisimo quedará en la historia de las letras nacionales como un brillante jalón que marca una trayectoria que no puede tener, lógicamente, una perduración indefinida.

Alberto RUSCONI

(Especial para EL DIA)

RECUERDE U.D.

El Hogar



CLINICA
DENTAL
YAGUARON



PROTESIS INMEDIATA
TODOS LOS DIAS DE
8 a 21 HORAS.

HORARIO CONTINUADO

Yaguaron 1533

(A mitad de cuadra)

CASI PAYSANDU

EL EMBRUJO DE TOLEDO

DIBUJOS DE
PIERRE FOSSEY



LA CATEDRAL vista desde una
típica vía Toledana, la calle
SANTA ISABEL

LA PUERTA
DEL SOL
Edificio de
estilo mudéjar.
siglo XIV

Entrada del puente de
ALCANTARA

SANTA MARIA LA BLANCA

Antigua sinagoga del Siglo XIII.

PUERTA DE BISAGRA (1550)
con las armas y escudo de CARLOS QUINTO.

TELÉFONO
SIEGUE
A 2010



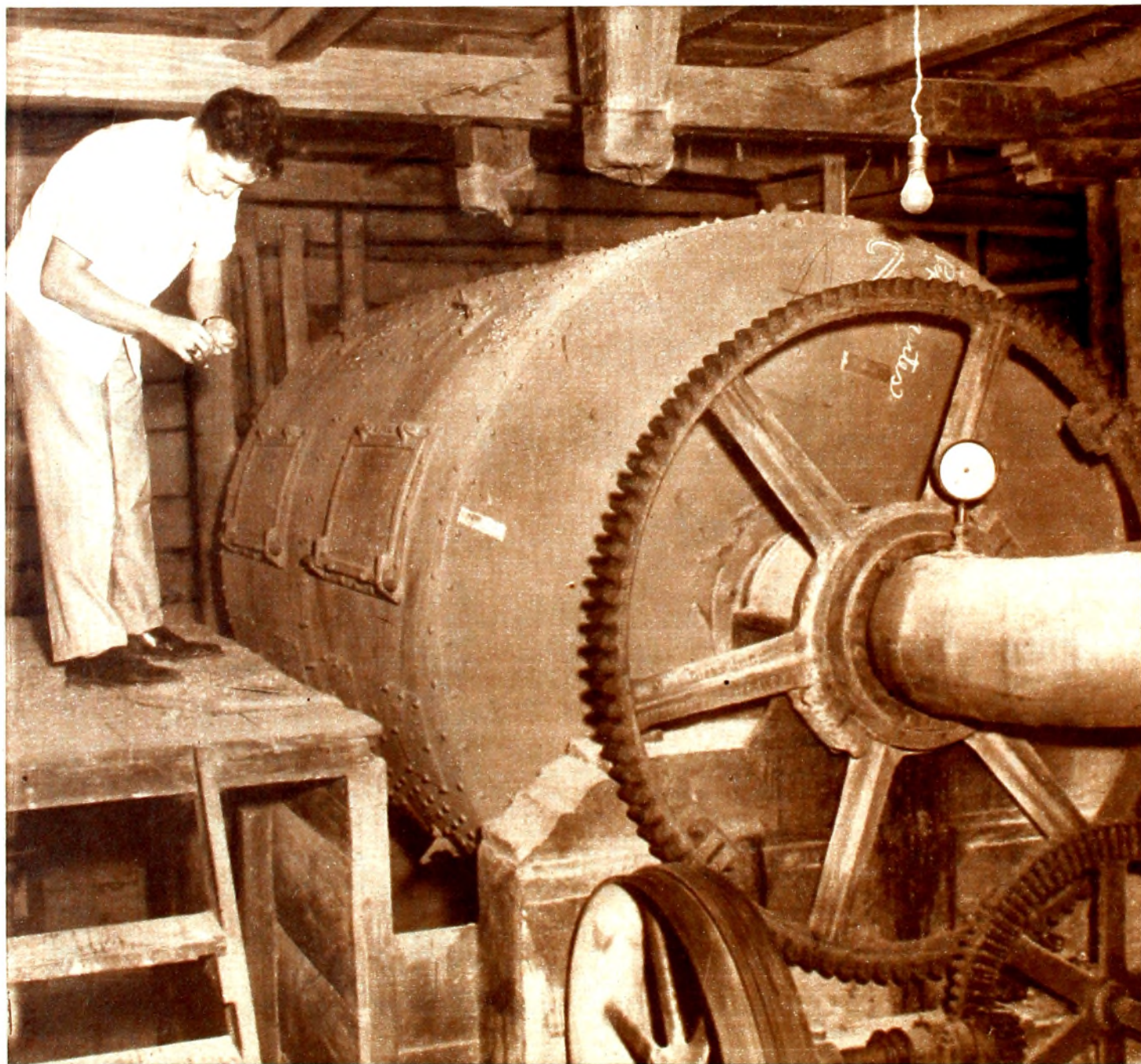
Simpáticas jóvenes que lucen típicos sombreros jíbaros, brindando el aromoso café de su tierra.

Crónicas andariegas

RECONFORTANTE, familiar; en ocasiones tan sólo pretexto para una plática cordial; convocador de peñas literarias célebres; módica inspiración de bohemios, el café humea su aromoso encanto, y en el humo se enreda la reminiscencia de los países exóticos y cálidos que lo producen. ¡Y estando en Puerto Rico, uno de los lugares del mundo famosos, precisamente, por sus cafetales, cómo dejar de visitarlos?

Allá fuimos, montaña arriba, en dirección a Cialitos, y el camino nos brindó un inolvidable panorama. Todo eso era nuestro: el valle que íbamos dejando cada vez más a la espalda, serpenteado de ríos nerviosos y menudos, y las hondonadas por las que trepa y cabalga la más riente vegetación que hemos visto, y los árboles de recios troncos y ramas floridas entre los cuales el típico flamboyán despliega su corola salpicada bellamente de pétalos rojos; y los campos fecundos y dorados en los que crece la caña de azúcar, "lago de miel que con la brisa ondea", como consta expresivamente en el verso de Llorens Torres; y las laderas esmaltadas de verdes jugosos, en un vértigo de especies vegetales que no conocemos, ostentando su esplendor sano, vigoroso, de exuberante lozanía. Y aquella armoniosa conjunción de selva, cielo y ríos, nos entregaba en cada recodo, la elástica juventud sin tiempo de una naturaleza privilegiada. Siempre montaña arriba, el aire se tornaba más liviano, casi vientecillo fresco, abanderado de la altura, que nos premiaba del bochornoso calor sufrido en el primer tramo del ascenso.

Una vez en lo alto, en la acogedora finca del Ing. Sureda, nos rodean las plantas de largas varas flexibles que se doblan bajo el



"Bombo" para secar café, que funciona eléctricamente.



Las largas ramas flexibles cargadas de frutos maduros, representan una de las grandes riquezas de la tierra puertorriqueña.

Crónica **CON SABOR A CAFE..**

El peso de los frutos, en hileras escalonadas que siguen la curva del terreno. La flor del café es blanca, como un menudo jazmín estrella-
do, y remeda una coquetería femenina sobre el fondo áspero y oscuro que forman los ramos.
He aquí que éste es el grano del café, pulposo, de cáscara castaña, rojiza o verdiamarilla, que al separarse deja ver el núcleo carnoso, blanco y hendido longitudinalmente. Lo sostenemos en la palma de la mano y aspiramos un vago olor dulzón, que no asociamos con el que suelta el café tostado o molido.

Sí; lo sostenemos en la palma de la mano, y pensamos que esa es una de las grandes riquezas de la tierra. Que ese grano vino de lejos, de tan lejos como las leyendas que narran su origen. Porque el café, "ceste li-
queur si chère / Qui manquait à Virgile et qu'adorait Voltaire"; que dicese que acaso fue la bebida que David brindó a Abigail; o acaso el nepente al que alude Homero en la Odisea, tuvo un entusiasta propagandista en el siglo IX en un médico árabe llamado Razes; dos siglos después el propio Avicenas lo menciona y asegura que fue traído del Yemen; Gemal-Eddin lo probó en Persia y lo introdujo en su país, en el siglo XV. Pasó a la Meca, a Medina, al Cairo, a Constantinopla. Llegó a Francia durante el reinado de Luis XIV; se saboreó luego en Italia, y más tarde en Inglaterra; los holandeses lo condujeron más lejos: plantaron cafetales en Java, en Batavia; un capitán francés lo transportó a la Martinica. Por todas las regiones tropicales, prosperaron las plantaciones; el café se universalizó y la infusión, reservada en un principio para uso de los poderosos, se hizo accesible y popular. "Bebida de in-

telectuales", se la ha llamado, por sus cualidades estimulantes que la hacen favorita de los desvelados que ven apuntar la madrugada asomados a sus libros y papeles; y es larga la lista de hombres ilustres que abusaron del café como otros del ajeno.

Y hundimos la mano en pilas de frutos recién recogidos, que pronto recibirán un tratamiento que hará de ellos uno de esos cafés exquisitos que rivalizan en calidad con los mejores del mundo. Secados al sol en el glacis, según procedimientos tradicionales, o en los grandes "bombos" que reemplazan industrialmente el viejo sistema, los granos limpios, descascarados y secos deben sufrir, por último, el proceso de torrefacción.

Luego, ya puede pasar a las mesas de los restaurantes o de los hogares, ora en las tazas de porcelana frágil que aristocratizan su sabor, ora en los tazones de desayuno humilde de que lo ven como sustento necesario al comenzar la jornada.

Las largas ramas sinuosas han sostenido los frutos que dan este líquido espeso y gustoso, que se paladea buscando en cada sorbo el deleite soleado del suelo de donde proviene.

Cuando iniciamos el descenso, cae una lluvia fina sobre la montaña, y el cafetal mezcla al vaho de la tierra húmeda, el característico aroma que desprenden los frutos maduros.

Dora Isella RUSSELL.

(Especial para EL DIA.)

(Fotografías obtenidas por gentileza del señor Nieves Díaz, de la Cooperativa de Cafeteros de Puerto Rico.)



En plena tarea de recolección.



Un viejo campesino muestra los frutos recogidos.



Forma tradicional de secar el café al sol, en el glacis



El papa Inocencio X.

EN estrecha relación con las características de su lenguaje pictórico, la crítica precisó los períodos de producción de Velázquez, delimitó lo más ajustadamente posible, las características formales de los capítulos de su desarrollo; esto es: inventó esos capítulos. No está errado el procedimiento, porque si la directiva es una, muy afirmada y tan contundente como elegante, sus alternativas varían; el mucho hacer y observar; el ahondar en el oficio para librarse de él como preocupación o instancia, van distinguiendo maneras que consisten en etapas de afirmación, de superación de la solvencia. Entre un bodegón sevillano y uno de los retratos de niños que guarda el Kunsthistorische Museum de Viena, hay mucho camino andado y mucha separación en cuanto a lo que el lenguaje pictórico impone como medio expresivo. Lo que no resulta viable, es fijar límites concretos a esos períodos, pues si la idea es una, el proceso, aunque premioso y ahondado, también guarda unidad general. Pero, como de costumbre, algunos episodios de la vida del artista, que aproximadamente coinciden o inciden en su camino estético, permiten fijar esas etapas. Primero es Sevilla; en seguida la primera estancia real en la Corte; luego el intermedio entre los dos viajes a Italia y por último, el que sucede al segundo de ellos. Claro que Velázquez no se preocupó demasiado por firmar y datar sus obras; no queda mucha constancia de encomienda o circunstancia; los historiadores del arte no pueden ponerse, entonces, de acuerdo sobre el período al que corresponden algunas de sus pinturas y las fechas varían, con lapsos bastante extensos. Claro que, por ejemplo, los paisajes de Villa Médicis parecerían situarse en la primera larga detención romana; se sabe que vivió por un tiempo en aquel sitio; la manera tiene, no obstante, una soltura que sólo se reconoce en pinturas posteriores de su mano. Y, aún por el bien entender y conocer esta manera final, las opiniones están controvertidas cuando se trata de afirmar si su última composición fue "Las Hilanderas" o "San Pablo y San Antonio Ermitaños". Los retratos se siguen por la precisión de edades que el pintor transcribía con fidelidad asombrosa. Pero eso es así cuando se refiere a personajes reales; y, de todos modos, como muchos de esos retratos eran réplicas, repeticiones necesarias para la divulgación de la

figura real en otras cortes, se suele desestimar buena parte de ellos, por admitirlos inferiores; que lo son. Pero eso no prueba nada.

*

Con todo, y pese a la admisión de error que se comprende en lo que más arriba va dicho, la etapa final con dicha acepción, es la que sucede al segundo traslado a Italia. Esto implica razones de tiempo. Reconoce su extensión y complejidad. Admite también que lo más altivo de su obra tendría que situarse entonces.

Fue en 1648. El rey autorizó el viaje que el mismo pintor proponía. Y no en términos de pintor, pues ninguna de las dos veces lo hizo con tal carácter. El incendio de la torre del Alcázar había destruido algunos de los tesoros artísticos de la corte y la construcción de un salón ochavado que cumpliera con los requerimientos de la actividad protocolar y estuviera a la altura de su destino, imponía la conveniencia de nuevas adquisiciones. Es cierto que se podía pensar en hacer compras dentro de España. Pero la colección de un rey no debía atender a tan poco. El gran mercado seguía siendo Italia. Y mercado difícil, porque las obras importantes de los grandes nombres escaseaban y ya se había iniciado el fraude y el negociado. Velázquez podía cumplir esa misión de confianza. Sabía ver y elegir. Quería, también, traer esculturas antiguas o sus réplicas más ajustadas para la mejor decoración de aquel recinto nuevo. Si ese fue un subterfugio inventado por él para justificar otro viaje hasta Roma, no lo sabemos; consta que la razón fue valedera y la justificó el resultado.

Velázquez iría otra vez en misión de confianza de la alta monarquía española. Vería mucho; viviría intensamente. No iba a aprender; tampoco lo había pretendido cuando siendo muy joven emprendió el mismo camino. No iba a enseñar. Jamás se le ocurrió. Ese era problema de otros; no suyo. El gran señor, engrandecido, había de actuar como personero de un rey; si le cuadraba pintar, lo haría; y así es que realiza el retrato de Inocencio X; no aceptará un céntimo por su trabajo.

¿Cómo había de hacerlo? Entrega su obra maestra con la displicencia propia de quien se estima por encima de los otros, de quien ni es testigo ni oficiante, sino uno más en medio de la grandeza.

LA ETAPA FINAL EN LA PRODUCCIÓN DE VELÁZQUEZ

EN EL AÑO DEL TERCER

También la crítica, durante años, cuando empezó a ocuparse de él, se interesó en analizarlo directamente por su condición de artista; fue, otra vez, el error; ser artista había acontecido en Velázquez que llega a tanto, precisamente, porque en vez de preocuparse por una definición estética a priori, vivió su tiempo con la intensidad necesaria y en el nivel más alto.

La travesía resultó árdua y el ajeteo en Italia, azaroso y urgido. Había que cumplir rápidamente con la encomienda; entre Venecia y Nápoles. Pero ni un nuevo encuentro con su admirado Ribera lo detendría en el Sur. Otra vez, la meta personal iba a ser Roma. Allí estará con los grandes artistas del siglo, como Pietro di Cortona, Giovanni Bernini, Salvatore Rosa, pero también con el cardenal Pamphilio, sobrino del Papa y con el conde del Infantado, Embajador de España. Acababa de decir en Venecia que no le gustaba Rafael; esto, en un pintor y todavía extranjero, era el más absurdo de los dislates; pero debió parecer muy serio y grave al afirmarlo porque el Boschini lo puso en verso y lo publicó. Además, puede que efectivamente sea ahora que hace los dos paisajes de Villa Médicis. Pero aunque pudieran fecharse antes, siempre debieron advertirse como un desplante insolente. Importa, por cierto, la técnica ligera y firme, el abocetamiento seguro y completo; importa que ellos puedan admitirse como los primeros paisajes realizados al aire libre. Pero sobre todo cuenta que se hayan hecho en Italia y en época en la que los artistas "componían" la naturaleza, la organizaban con ruinas verdaderas o escenografías y hacían de ella un gran aparato de deliciosas falsedades. Se fechan, de todos modos, en Roma y por la misma época en que se realizan los que firman Claude, Poussin y Rosa. Velázquez no inventa ruinas; no propone antigüedades, sino que las tiene a la mano, enfrente de los ojos. No excita su imaginación en una fuga imaginaria; se place en situarse directamente allí, en la pura realidad que es más sabrosa y coherente para quien no tiene miedo de vivir. Y los balaustrados se alteran por la

presencia inevitable de una ropa tendida o los vanos solemnes se ciegan por tapias desvencijadas, en tanto que habitan el lugar gentes cualesquiera, en vez de señores dioses del Olimpo. ¿Bocetos? Pero, ¿cuánto puede deslindarse en Velázquez lo que es boceto u obra concluida? Otra vez, voluntad; enfrentarse sin ambages al concepto del paisaje clasicista y darlo vuelta. No lleva consigo al naturalismo; desemboca en él, fatalmente, por invertir la trama de las soluciones estatuidas.

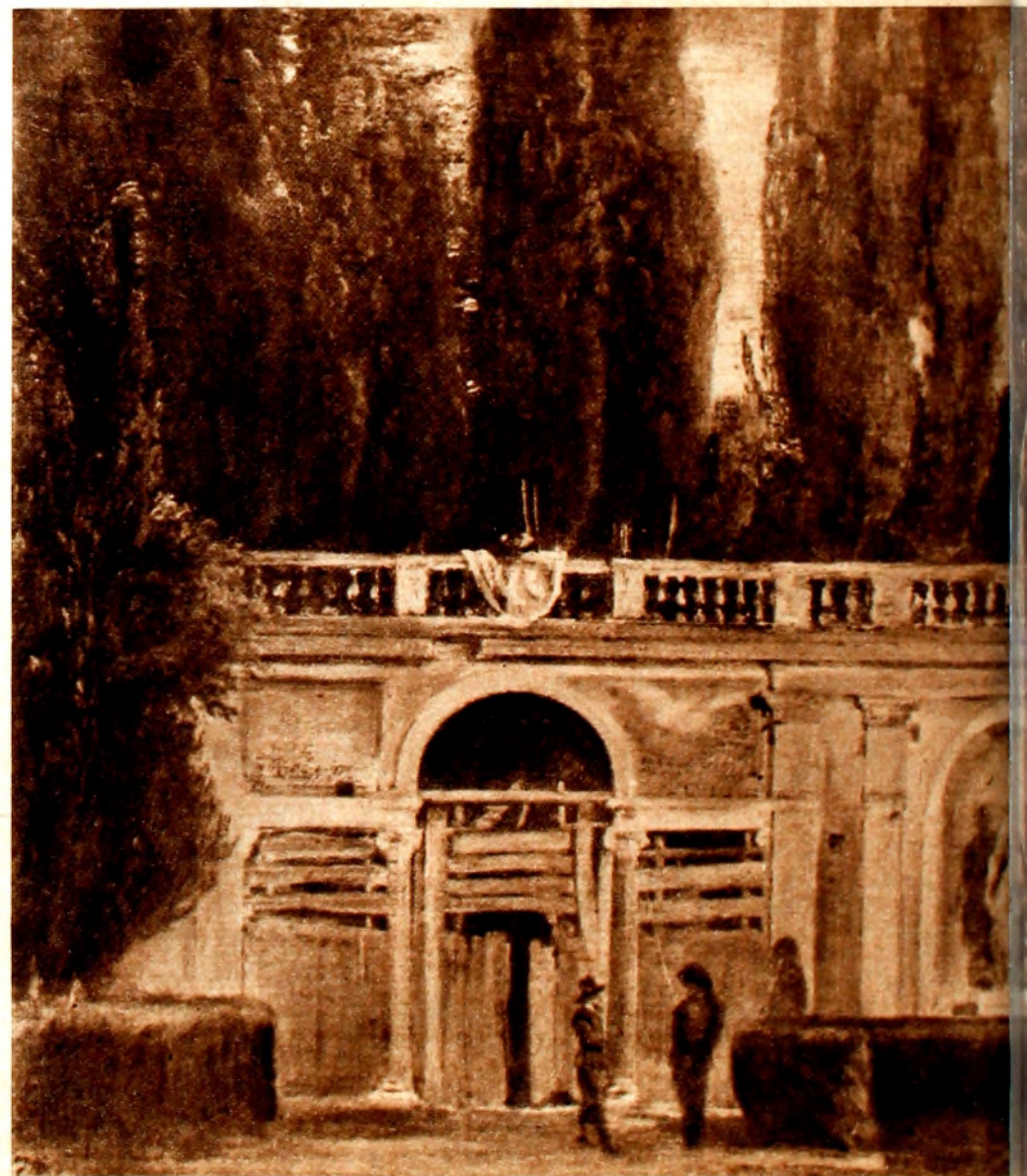
*

Pero si por el lado de la irrespetuosidad rumbeamos, la mayor de todas se da en el retrato de Inocencio X; no bastará con verlo, sino que conviene, otra vez, analizar las circunstancias.

El Papa Pamphilio era de la familia de los Borja; hombre feo, casi repulsivo en la agresiva madurez de sus setenta y cinco años, cuando Velázquez lo enfrenta. Fue vulnerable a las críticas más acervas por



Boceto para el retrato del papa Inocencio X.



Vista del jardín de Villa Médicis por la tarde.

FINAL EN LA REVOLUCION DE VELAZQUEZ

CENTENARIO DE SU MUERTE

política difícil, por su concupiscencia y su perversa sensualidad; se lo había llegado a representar en un fresco romano perennizando a Satán. Velázquez hará más: lo hará como él mismo. Se pondrá a la altura del Papa como se había puesto a con- ducir al rey de España, al duque de Mó- d... o al bufón Calabacillas: en su total an- tridad.

aún llegará más lejos. Velázquez se- adó a Italia con su esclavo Juan de Pa- reja. Pues bien; cuando el Santo Padre le- la pintura, empieza por retratar a su- vo. No se ha explicado bien la razón- de este paréntesis. Pero no falta quien- que, seguramente, había querido ejer- cerse. ¿Ejercitarse Velázquez? Es cono- cido poco. Por otra parte, si esa preocu- pación lo hubiera movido algo, no habría- so tanta alharaca a su alrededor. No- pintó el retrato; lo mandó mostrar, lle- vado por el modelo mismo y lo expuso en- el Panteón. Los italianos se asombraron



Retrato de Camillo Astalli, cardenal Pamphili.

y el pintor fue alabado porque, dijeron: otros cuadros parecen pintura, esta figura, no: vive. Tan sonada fue la hazaña que se olvidó la circunstancia. Y se olvidó que el esclavo negroide tiene un gesto, una apos- tura, integridad e insolencia que más parece la de un noble. Como menos Papa que an- ciano resistiéndose a serlo, presenta a Ino- cencio X.

El óleo que se conserva en Roma que está terminado y firmado, fue obra de cla- boración, pues los Papas no tienen tiempo para posar y Velázquez debió satisfacerse con algún apunte rápido y fraguado en plena actividad del modelo. Todo el enigma del personaje está encerrado allí; y el bo- ceto pequeño, ahora en la National Gallery de Washington, guarda la extraña magia que inevitablemente correspondía al Pontí- fice. En el retrato definitivo hay otros arres- tos de pintura. No pierde profundidad; no se elimina el nerviosismo ni la iniciación inquietante; pero, además, es el gran alarde de una pintura resuelta en rojos sobre rojos y más rojo; rojez de la cara, del atuendo, del ambiente, de la luz que todo lo encarna y hace palpitante. Esta vez Velázquez se puso a adjetivar. Y se da su puesto: un pintor sin reverencia.

*

Vuelto a Madrid, la intimidad con el rey — que lo necesita y lo fuerza a ve- nir — se hace mayor. Es elevado a la ca- tegoría de Aposentador Mayor, con lo que las responsabilidades y las cargas aumen- tan. Y esta es la época, precisamente, en la que acomete sus mayores hazañas pictóri- cas, sus obras más ambiciosas.

Entretanto, había casado a la hija su- pérstite con su discípulo Del Mazo. ¿Se repite la situación que él mismo viviera en casa de Pacheco? Las circunstancias lo lle- van. Y Del Mazo, buen pintor, no llegó nunca a rozar los reservados límites de la genialidad. Ni se repite el caso, ni se in- vierte. Todo va pasando serenamente, en esa calma tranquila en la que se sumerge todo lo que Velázquez hace o soporta.

Alguna vez se ha hablado de la extraña condición de quien viviendo en aquellos



Retrato de Juan de Pareja, el esclavo de Velázquez.

tiempos y en aquellas cortes, no ha dejado tampoco rastros de alguna aventurilla amo- rosa. ¿Pero los hay de muchos españoles? Claro: de aquellos que se denuncian por la pluma o a los que persigue el escándalo no buscado. Cuando Velázquez es discreto lo es hasta sus últimas consecuencias. Y si la discreción que guardara con respecto a su actividad como cortesano, a su rela- ción con la pintura, no vale ser respetada; esta otra merece la aceptación serena. El problema no debe, siquiera, plantearse. Ver otra vez "La Venus del Espejo", tener con- ciencia del tiempo en que se pintó; y a otra cosa.

*

Velázquez hizo muy serenamente su vida y su revolución. Construyó una existencia independiente y activa en el medio nutrido de atadidos y acuciado por gazmoñerías aparentes. Lo hizo discretamente, en el gran tono de la displicencia.

Así se puso frente a la pintura. La atacó pasando por encima de ella; en la solución insólita de los temas establecidos, en la al- teración de la técnica, en la imposición decidida de una pura visualidad. Cuidó de que no se dieran cuenta de lo que estaba haciendo y así pudo lograrlo todo. La pre- visión llegó muy lejos; quizá más de lo que él había supuesto. Pero seguramente no se alteraría en su tumba si supiese que el se- creto de su ser y actuar se había mante- nido por siempre; y que su obra seguía in- advertida para la dimensión estimativa que exige y de la que él tenía conciencia. Desde Felipe IV a Goya, sólo Mengs, entre los se- res que para la historia de la pintura cuen- tan, se detuvo con cuidado a observar la pintura velazqueña. Luego, intervendrán los críticos y los impresionistas; el silencio caerá otra vez a su alrededor. Este tercer Cen- tenario va pasando poco menos que inad- vertido.

*

En 1659, Francia había obligado a Es- paña a concertar el Tratado de los Pirineos por el que ésta cedía sus derechos sobre el Rosellón y Artois y entregaba la isla de Cerdeña. El propósito claro era atender la paz y quitar motivos para querellas futuras. De esa actitud mansa por parte de la be- lica España, debía quedar un rehén: fue la hija mayor del Rey, María Teresa, que sería consorte de Luis XIV. La firma del tratado tenía que hacerse en la Isla de los

Faisanes sobre el Bidasoa. Allí se traslada- rían las dos cortes vecinas con toda su pompa. Por más que Felipe dispuso muchas economías, la comitiva que lo acompañó estaba formada por la familia real y sus servidores, cuatro médicos, dos sangrado- res, un barbero-jefe y tres ayudantes; mozos de mula y cocheros, doncellas, guardas, enanos y locos. El ministro Luis de Haro llevaba una escolta de doscientas personas. Y muchos de los nobles, que no habían sido invitados, se agregaban aunque tuvieran que pagar los gastos de su propia bolsa. Piénsese, además, en cabalgaduras, equipaje... El viaje duró veinte y siete días. Había que hacer altos regulares y apo- sentar a todo el séquito sin olvidar las je- rarquías y las distancias. No era época de hoteles.

Solucionar ese problema fue tarea de Velázquez, como aposentador mayor. Salíó antes que la Corte y lo acompañaron Del Mazo, el tapicero-jefe Villareal y mozos de trabajo. La ruta fue inspeccionada, pre- visto y aparejado el alojamiento en cada detención. La hazaña culminaría en la tre- menda organización del escenario magnifi- co donde la ceremonia había de tener lu- gar. Y si los franceses se divirtieron bas- tante con las extrañas ropas femeninas en la moda española, no dejaron de admirar la proeza del Aposentador Mayor.

La comitiva volvió más aprisa y todo debió rehacerse en el camino. Fue trabajo agotador.

Antes de la llegada de Velázquez, se ha- bía esparcido la noticia de su muerte, de modo que fue recibido con más asombro que alegría.

Era verano; el calor agobiaba. Velázquez seguía atendiendo sus obligaciones y car- gando sus años y su orgullo. El 31 de julio de 1660 vuelve a su casa agitado por las fiebres y se mete en cama. No se levantará de ella. Felipe se preocupa; le manda sus médicos y por fin, al mismo Patriarca de las Indias. A las dos en punto del viernes 6 de agosto, moría calladamente y en la forma más natural. Ocho días después, doña Juana, su mujer, también en silencio, se acercó a la cama para morir. Todo fue muy silencioso.

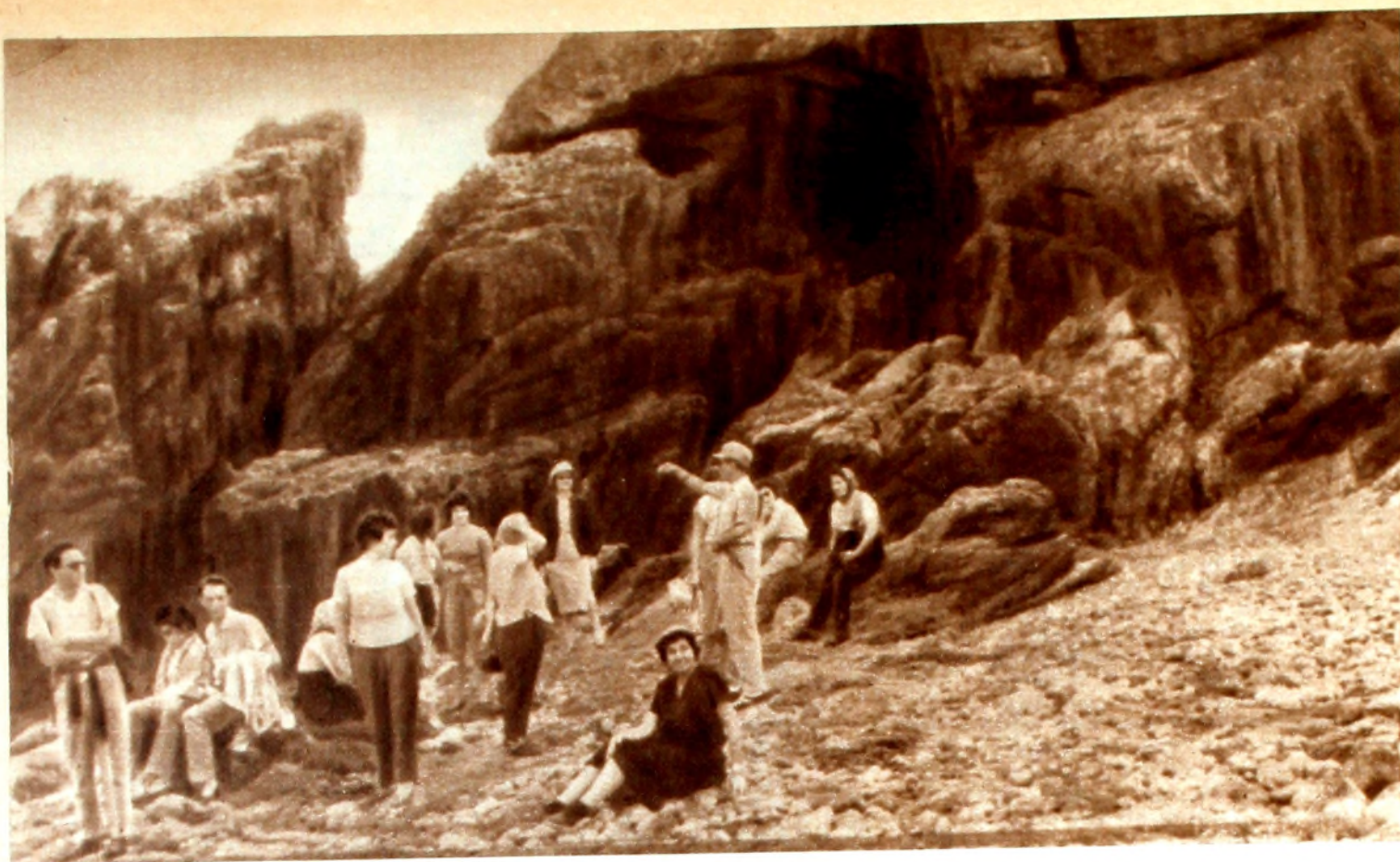
Y así entró en la inmortalidad.

F. GARCIA ESTEBAN.

(Especial para EL DIA.)



Vista del jardín de Villa Médicis al mediodía



Rocas ahuecadas por la turia del oleaje. (Punta Ballena).

Lo mismo que los ríos, las costas marinas, después de procesarse un ciclo completo de erosión, adquieren un perfil que corresponde a una situación de equilibrio más o menos prolongado. Esto no quita que al tener lugar un violentísimo temporal, con marea alta, la costa sufra una modificación apreciable en sus detalles geomorfológicos, o que una época de marcada tranquilidad favorezca los procesos de sedimentación litoral, en detrimento de los

EQUILIBRIOS Y PERTURBACIONES COSTERAS

fenómenos erosivos característicos de los períodos turbulentos. Es así que puede comprobarse que existen algunas playas que están uniformemente cubiertas de una espesa y continua capa de arena durante el verano, pero que en invierno, el oleaje des-

cubre en ellas acumulaciones de cantos rodados o crea oquedades que desaparecen sepultadas bajo la arena en tiempos normales.

Cuando la costa adquiere su perfil de equilibrio, el aspecto general se mantiene incambiado a través de períodos muy largos; pero lo cierto es que en este planeta dinámico que es la Tierra, los equilibrios nunca pueden prolongarse en forma indefinida; por un lado los movimientos propios del nivel marino (eustáticos), que se llevan a cabo muy lentamente en sentido ascendente o descendente, o los graduales balances continentales o regionales (epirogénicos o isostáticos), actúan para determinar cambios en dicho perfil. Pero también influyen los plegamientos, la modificación de las corrientes litorales y los cambios climáticos. Lo difícil es establecer a cuáles de estos movimientos o cambios hay que atribuir preferentemente las perturbaciones del equilibrio. Aunque ya pasó a la historia la enconada lucha entre eustatistas (que admitían sólo los cambios propios del nivel marino como reales) y los epirogenistas (que preferían atribuir la movilidad a las masas continentales) y hoy sabemos que

ambos hechos suelen tener lugar a un mismo tiempo, no resulta fácil establecer la proporcionalidad que de cada cambio corresponde a cada una de las causas citadas. Por ejemplo, cuando el mar se retira y descubre una porción del litoral, no puede precisarse con seguridad cuánto descende propiamente el nivel marino, o cuánto se eleva la tierra firme, porque ambos fenómenos pueden ocurrir simultáneamente. Los comités especializados de Niveles de Erosión y de Sedimentación Costera, de la Unión Geográfica Internacional e Institutos como el "Coastal Studies de Louisiana", tratan de hallar la solución en estos complicados problemas. El nivel del mar ha fluctuado en forma apreciable en consonancia con las épocas de glaciación y deglaciación cuaternaria. En las riberas del Mediterráneo, numerosos investigadores, estudiando las terrazas marinas, plataformas de abrasión elevadas, formas fósiles litorales, etc., han llegado a establecer, aunque sin ponerse totalmente de acuerdo, la existencia de antiguos niveles marinos correspondientes a las épocas de máxima deglaciación (tales niveles elevados han sido llamados por algunos: siciliano, milaziano, tirrénico y monastiriano, agregándose el flandriano que corresponde a un interglacial secundario, mientras que los anteriormente citados se refieren a los interglaciales principales). Numerosas observaciones han probado además que las masas continentales se han movido en un sentido o en otro en diversos puntos de los distintos continentes e islas; por ejemplo, se sabe que la costa sueca del Báltico se eleva gradualmente. Pero transportar lisa y llanamente los resultados de

tales comprobaciones a la porción meridional de la América del Sur, y aplicarlas a nuestro litoral costero, resulta ilusorio por el momento. En el fárrago de hechos que se observan a lo largo de nuestra costa, figuran en primer plano los niveles fosilíferos correspondientes a las transgresiones enterrriana (terciaria) y querandina (cuaternaria), cuya altura no es uniforme, ni mucho menos a lo largo de todo el trazado de la costa, y las fluctuaciones se deben unas veces, a que el movimiento de ascenso no parece haber afectado por igual a todo el litoral, y que posteriormente a la elevación, se han producido descensos locales. Otro hecho importante es el de las formas fósiles, creadas por la acción del oleaje de otras épocas, y que hoy se hallan libres de tal acción: oquedades laterales de Punta Ballena, rocas cuarcíferas pulidas por el oleaje (Colonia, Montevideo), médanos fósiles situados a bastante altura sobre el nivel actual del estuario (Punta Yeguas), cubiertos por una espesa capa de tierra vegetal; rodados enterrados bajo capas sedimentarias recientes, etc. Por otra parte, a lo largo del litoral existen terrazas de antiguos depósitos, cortadas por las corrientes fluviales,



Curiosas figuras determinadas por sedimentos costeros al doblarse y cuartearse. (Barrancas de S. Gregorio).



El oleaje estuárico en plena actividad. (Punta Fria, Maldonado).



Picadéz junto al arroyo Sarandí (Parque del Plata).



Pieya Kiyú, junto a las barrancas de San Gregorio.



Tranquilidad en la rada de Piriápolis (al fondo, el Cerro del Toro).

torales, modeladas habitualmente por las aguas pluviales y fluviales, y los "landslides", se relaciona en forma paroxismica con la historia de los temporales y los años de lluvias copiosas (1923, 1932, 1959 y otro). En parte de tales procesos la influencia humana ha sido decisiva.

Frenguelli, Groeber, Auer y otros, han tratado de establecer la relación que han guardado las glaciaciones con los niveles marinos en la porción meridional de la América del Sur. No se ha llegado todavía a una solución definitiva, y además se ha podido demostrar que los litorales no han fluctuado en forma uniforme. Por ejemplo, los movimientos de la costa uruguaya no han sido siempre concordantes con los de las costas pampeanas o patagónicas. De todas maneras los materiales acumulados hasta hoy son muchos, y permiten que puedan trazarse sendas relativamente seguras que puedan conducir a las soluciones definitivas.

En un campo algo diferente, se ha podido establecer que la relación de causa a efecto entre los períodos de glaciación y los lluviosos, y los interglaciales y los períodos secos, no es absoluta, aunque no deja de ofrecer un gran interés incluso para nuestro país. Parecería que la tendencia climática actual, fuera la de una elevación gradual de temperatura y un aumento de pluviosidad, y en el dominio oceánico, un gradual ascenso del nivel medio. La tendencia climática se refiere a los últimos milenios y no a datos de observación instrumental, los que sólo cubren un siglo.

Jorge CHEBATAROFF
(Fotografías del autor)

(Especial para EL DIA)

El problema en la actualidad se ha complicado en razón de que ciertos investigadores creen que algunos de los supuestos movimientos de elevación costera, podrían ser debidos simplemente al descenso del nivel marino, hecho que sólo puede sostenerse hasta cierto punto. Las investigaciones se encaminan en primer lugar a establecer cuáles han sido los movimientos del nivel oceánico en relación con los períodos de glaciación y deglaciación cuaternaria; en segundo lugar a establecer qué movimientos propios ha sufrido el litoral independientemente de las fluctuaciones del nivel marino; cuánto han avanzado o retrocedido las costas en la era cuaternaria; y finalmente cuáles han sido los movimientos tectónicos que las han afectado. La senda seguida por Groeber, Frenguelli, Auer y otros estudiosos, espera todavía a muchos cultores. Nuestra costa sufre en determinados trechos intensas modificaciones que deben ser examinadas atentamente. Tales cambios son particularmente rápidos en la Boca del Solís Grande y las barrancas que lo bordean, en las barrancas de Mauricio y de San Gregorio, y en algunas playas. En algunos puntos se observa un incremento moderno de los procesos erosivos; en otros los materiales han entrado en una fase de fosilización y prácticamente no son afectados por el oleaje actual. La historia de las barrancas li-

El problema en la actualidad se ha complicado en razón de que ciertos investigadores creen que algunos de los supuestos movimientos de elevación costera, podrían ser debidos simplemente al descenso del nivel marino, hecho que sólo puede sostenerse hasta cierto punto. Las investigaciones se encaminan en primer lugar a establecer cuáles han sido los movimientos del nivel oceánico en relación con los períodos de glaciación y deglaciación cuaternaria; en segundo lugar a establecer qué movimientos propios ha sufrido el litoral independientemente de las fluctuaciones del nivel marino; cuánto han avanzado o retrocedido las costas en la era cuaternaria; y finalmente cuáles han sido los movimientos tectónicos que las han afectado. La senda seguida por Groeber, Frenguelli, Auer y otros estudiosos, espera todavía a muchos cultores. Nuestra costa sufre en determinados trechos intensas modificaciones que deben ser examinadas atentamente. Tales cambios son particularmente rápidos en la Boca del Solís Grande y las barrancas que lo bordean, en las barrancas de Mauricio y de San Gregorio, y en algunas playas. En algunos puntos se observa un incremento moderno de los procesos erosivos; en otros los materiales han entrado en una fase de fosilización y prácticamente no son afectados por el oleaje actual. La historia de las barrancas li-

EN 1894 los espectáculos porteños de más aceptación se reducían, fuera del *Circo Coliseo*, en cuya carpa de Santa Fe y Montevideo actuaba la compañía ecuestre de los hermanos Henault, y del *Circo Anselmi* que albergaba en la suya, ubicada en San Juan y Sarandí otra gran compañía ecuestre: la de Luis Anselmi, se reducían —digo— en primer término, a compañías extranjeras de óperas, operetas, líricas de zarzuela y zarzuelas cómicas, españolas e italianas. Algunos teatros ofrecían otra clase de espectáculos (El *San Martín*, con su compañía "de óperas, operetas cómicas y fiabras" de Rafael Tomba; el *Concierto Casino*, ex *Follies Forlet*, con su compañía "de baile, concierto y atracciones"; el *Pasatiempo*, con sus "oirées forléticas") más ligeros aún y aún más populares. Pero el 20 de abril comenzó en el *Rivadavia* a producirse un acontecimiento, cuya resonancia e influencias veremos en seguida.

La empresa Garrido anunció en su cartel que su compañía española de zarzuela cómica ofrecería junto con *Libertad de sufragio*, *Una jugada por tabla* y *El dúo de la Africana*, el libro de Ricardo de la Vega titulado *La verbena de la paloma o el boticario y las chulapas y celos mal reprimidos*.

Pero abramos un paréntesis de recuerdo para Ricardo de la Vega. Fue don Ricardo zarzuelista y sainetero español, hijo de Ventura, el primoroso autor de *El hombre de mundo*. Nació en 1839 y murió en Madrid en junio de 1910. Escrita su zarzuela que "pertenecía al grupo de las más popularizadas, aunque no de sus mejores obras", Ricardo acudió "con su sombrero hongo color café —según Clemente Cimorra—, su pañuelo blanco y su capa de embozo de "pimiento y tomate", al compositor alicantino Ruperto Chapí, pero su partitura musical no prevaleció por causas inciertas. Ello originó que de la Vega recurriera al compositor salamanquino Tomás Bretón y Hernández, quien le escribió la música que habría de darle una extraordinaria popularidad.

La primera obra de don Ricardo se estrenó el 24 de abril de 1859, siguiéndole a lo largo de su vida unas cincuenta más. Se lo consideró el primer sainetero de su tiempo. El lenguaje popular español recogió de las locuciones de don Ricardo múltiples modismos y "formas proverbiales". Entre sus piezas más festejadas cuéntanse *Los cuatro sacristanes*, *Bonitas están las leyes o la viuda del interfecto*, *Los baños del Manzanares*, *Novillos en Polvoranca*, *Pepa la frescachona*, *Amor engendra desdichas*, y acaso en primerísimo lugar *La canción de la Lola*, que se estrenó en el teatro de la *Alhambra* en mayo de 1880, interviniendo en su representación intérpretes de jerarquía como María Tubau.

LA VERBENA DE LA PALOMA Y SU INFLUENCIA



Clotilde Domus, Balbina Valverde y José Santiago, figuras populares del género chico español.

Balbina Valverde y Julián Romea. Modelo de sencillez y de pavoneo chulesco este sainete, según Pedro Massa lo define en un sabroso artículo.

Cerramos ahora el paréntesis para volver a Garrido y su empresa. Si; Garrido preveía el gran suceso porteño. No hacía mucho —el 2 de enero de 1894, es decir, a menos de cuatro meses atrás— se había estrenado en el *Apolo* de Madrid, en una "noche memorable", la zarandeada *Verbena*. "España —recordará Cimorra— estaba en el propio cogollo de su casticismo. En auge las verbenas auténticas. La pesadumbre de los pañolones con chinos y flores suntuosas en los hombros de las mujeres barbianas. El olor de los churros fritos, los pantalones abotinados, el traje corto de los lidiadores, el léxico chulapón, los cafés cantantes, el último desafío enlevitado, a la "orden del día". Esa noche "Madrid entero, con sus señoras chulas y sus chulas de señorío, su alma popular, se vieron bullendo en las escenas. El éxito fue

enorme. Mesejo e Irene Alba, los héroes de la gracia fina o gorda, como se quiera llamar; Rogelio Juárez, los galanes protagonistas; Clotilde Perales, en Susana, todos quedaron asombrados de su propia jornada inolvidable". Pues bien, si Buenos Aires no estaba en el propio cogollo del casticismo, como lo estaba España, lo interior, lo más apretado de esa berza, alcanzaba a olérasele agradablemente...

Garrido olisqueó bien. Y acertó en su augurio. El 25 de abril —cinco días después— *La verbena de la paloma* subía entre aplausos al escenario del *Zarzuela* (ubicado en Piedad entre Paraná y Uruguay), y al del *Mayo* también. Poco después subía al tablado de la *Comedia*, teatrillo preferido especialmente, en la última década del siglo pasado, por la muchachada porteña "alegre y bulliciosa, cuya vida nocturna y galante y rumbosa alentaba exclusivamente en la famosa calle de las Artes."

Claro que no todo era zarzuela. El *Poli-*

teama Argentino, que brindaba obras dramáticas por la compañía italiana de G. Moderna, daba lugar en junio a Ermete Novelli que en plena madurez de su vida y de su arte —tenía 43 años— estremecía al admirado público. Y actuaba también en el *Odeón* el "eminente actor italiano Gustavo Salvini."

El público se repartía entre el drama serio, algo brillante y elocuente, y la pantomima cómica o dramática, asimismo un poco exagerada. La prueba es que el teatro *Orubia* se transformaba en circo para presentar la compañía ecuestre de los hermanos Carlos y Luis Anselmi, mimos celebrados que acababan de levantar la carpa de San Juan y Sarandí.

Sin embargo, el comentario popular giraba alrededor de *La verbena de la paloma*. Su influencia se dejó sentir casi inmediatamente, al extremo de que apareció en junio *Los verbenistas* en diversos carteles de Buenos Aires. "La *Verbena de la Paloma* —evoca Ernesto Morales— se canta y se silba en salones y pulperías, tanto como el vals *Sobre las olas*". Todo ese año de 1894 brilló a las candilejas de varios teatros porteños. Y no murió entonces. En enero de 1895 *La verbena de la paloma* iniciaba el año escénico, aunque se siguió ofreciendo después con intermitencias durante los primeros meses hasta caer del cartel ese mismo año.

Según el "malogrado e inolvidable" Gabriel Cantilo —recuerda Enrique García Velloso— esta zarzuela fue el toque de ánimas del género chico. Y aún más significó su influencia, puesto que tocó a nuestros sainetistas serios y reputados. Es aceptable la observación de Martín F. Lemos, cuando dice: "Bien es verdad que *La Gran Vía* y *La Verbena de la Paloma*, como otras piezas musicadas del género chico español, influyeron directamente en la labor que realizaron con Trejo otros autores criollos: Soria, Miguel Ocampo y García Velloso. Pero solamente en la textura y en los procedimientos escénicos —que hoy resultan por demás rudimentarios— se parecían las creaciones de quienes, en nuestro medio, eligieron como modelos los sainetes de los maestros españoles, y entre los cuales Trejo fue el productor más fecundo y, pese a la influencia anotada, más personal."

Y aún algo más. Quien debía ser nuestro más grande comediógrafo, Gregorio de Laferrère —tenía 27 años cuando el estreno de aquella zarzuela—, comenzaría en 1898 para dejarla inconclusa después, "una parodia de adaptación política de actualidad con los personajes de *La verbena de la paloma*". Por coincidencia, su influyente autor había escrito *El barón de Tronco-Verde*, sátira que censuraba y ridiculizaba acertadamente al personaje político. Acaso alcanzara a Laferrère este conocimiento y fuese esta idea lo que inspirara su imitación burlesca.

El teatro había "despertado" en él.

(Especial para EL DIA.) Julio IMBERT.



Escuela pública de primer grado número 110, de Sayago, en el acto conmemorativo del Día de la Raza.

PARADOJA viviente, eso es el hombre

Extraña y singular criatura, que hizo escribir a Voltaire: "¿Para qué habrá nacido este animal absurdo, que siempre quiere estar contrariado y rabiando?"

No hablamos aquí del joven, y mucho menos del niño; está aprendiendo a ser joven, y el joven aprendiendo a ser hombre. ¿Conocéis la clasificación de Pitágoras? Se es niño hasta los veinte años; joven hasta los cuarenta; y hombre, es decir, ser pleno ya desde los cuarenta hasta que aparecen signos inequívocos de vejez. Es de los cuarenta años en adelante cuando se abre el camino de la superación. A esa edad han de saberse diferenciar ya las cosas de la vida. Los espejismos de la juventud deben haberse alejado, primando un enfoque real para apreciar males y bienes, equilibrio que va a permitirnos decir con el Ling Yutang de "La importancia de vivir: 'El mundo es un festín de la existencia, que se ha dispuesto para que lo gocemos sencilla y limpiamente con nuestros sentidos'".

Un ciudadano estudia los Códigos y se hace abogado; otros los textos de Medicina y logra título de médico; a otro, que asimila teoría y práctica castrenses, le ciñen la espada del militar. Pero ¿y hombre, cómo se estudia para hombre: **HOMBRE** con mayúsculas, como hubiera escrito la palabra Guyau? Porque hombre, de esa manera, sólo se es con la *hombredad*, o sea con el propio dominio, diferenciando virilmente las cosas esenciales de las accesorias. "Vivir —expuso Amiel— es afirmarse contra todo lo que es amenaza de nuestra integridad, física o moral; las inhibiciones del alma y las enfermedades del cuerpo".

No avancemos aquí sin dejar sentado que el primer bien de la existencia es la salud. Porque sin ella, ningún hombre, por más espíritu que tenga, podrá estar mucho tiempo en "los alcázares del cielo", que escribía Séneca. El nervio de una muela —¡ved que cosa tan pequeña!— se inflamara y va a desaparecer vuestro sosiego. Lo dice Descartes: "La salud es el bien primero, verdadero fundamento de todos los demás pues el espíritu depende de aquélla".

La salud es la base de nuestra vida aquí en la tierra. Sin dolores, o ya viejos, con algún dolor, pero soportable (de esos males que suelen venir como frenos, y que por eso ya no son males, sino bienes), estamos en condiciones de gozar la existencia limpiamente. Gozar tanto más la vida cuanto más activas estén las potencias del alma. Y coincidiremos con Anaxágoras en este juicio claro y centrado: "El espíritu domina cuanto tenga alma: lo grande y lo pequeño". Esto también lo encontramos en "De la Naturaleza", libro del griego insigne: "Todo era caos. Pero vino el espíritu y de ese caos hizo salir el orden".

Orden. ¿No será esto lo realmente importante para hacer de la vida algo lógico y deseable? El maestro Bacón decía así: "Busquemos primero las cosas del espíritu, las buenas cosas; y el resto, o nos será proporcionado, o su ausencia no será sentida por nosotros". "En vez de quejarnos por lo que nos falta, demos gracias a los dioses por lo que tenemos", era instrucción de Séneca. Flaubert, no hace todavía un siglo, daba buena regla: "Hacedle a vuestra alma una atmósfera intelectual, compuesta por la emanación de los grandes espíritus". Cuando nosotros, ahora, brindamos, enardecidos, tantos bellos pensamientos ajenos, estamos cumpliendo la consigna flaubertiana, creándole al lector una atmósfera propicia para su ventura. Que ya lo expresaba Lubbock: "Para resultar buenos compañeros le vosotros mismos, debéis alimentar bien vuestras mentes, llenándolas de pensamientos puros y de ideas apacibles, de gratos recuerdos y de esperanzas razonables. La vida no es triste ni angustiada. Todo lo demosegante que se os aparece no está en el exterior, sino dentro de vosotros". Esta es la receta que nos da el filósofo inglés: "Ved cuánto hay de bendición en todo lo que os rodea y pensad que la vida es una herencia gloriosa, que no ha sido gestada sólo para que vivamos, sino para que vivamos bien".

Hay que saber libertarse de todas las cadenas, evitando molestas exigencias sociales y compromisos caros. Siempre que el hombre se evade de la tierra, donde puede estar el drama —lucha por la vida, conflictos de familia, de gremio, de rivalidad— halla un momento feliz. Por el arte, por la amistad noble, por el amor a la Naturaleza, que sólo mirar un valle, o un parque, una estrella o una flor, ya se está en el cielo.

Hay que vivir bien, sí, como quiere Lubbock. Pero, ¿qué es esto de vivir bien? Ha-

LOS FLORILEGIOS: EL DE LA VIDA BELLA



gamos un juicio. Cuando muchos creen que viven bien, viven mal, porque ni la comodidad, ni el lujo, ni el hartazgo, y menos los otros placeres de la materia, son bienes. Constituyen el cebo en el anzuelo, de que hablaba Platón. Buena vida sólo puede ser una vida lógica, razonada, noble; e independiente hasta donde sea posible. Desde luego, generosa. Una vida que da. Que se da. La que nos convierte en seres útiles y benéficos. No hay vida peor que esa que el hombre sensual llama "buena vida". La de "los gustos que traen tantos disgustos", acotada por Luciano en su obra "El Cínico", en la que hace decir a un emancipado mortal: "Quiero una existencia sosegada y humilde, que me deja señor de mis acciones y administrador libre de mí mismo". Recapitulemos en las ventajas de esta situación que envidiarán muchos millonarios en todas partes. Dichoso el hombre que pueda hoy decir: "Mi fortuna es fácil de retener, pues consiste en cinco bienes inembargables: 1, la posesión de la salud; 2, el placer del trabajo; 3, la carencia de vicios; 4, la conformidad con el destino; y 5, el amor a la Naturaleza". Cuando nosotros, personalmente, caemos en la debilidad de pensar que poseemos poco, nos ponemos a mirar el cielo, tan inmenso y amparador. Y en seguida comprobamos que es el nuestro un estado venturoso de opulencia. "Vivir es pensar", lee en Cicerón. Lástima que sean tantos los que no piensan. Y así es el obrar. "Unos compran sus deseos al precio de su alma y

otros compran su alma al precio de sus deseos", como veía ya Heráclito. Los primeros son dignos de compasión, porque "por vivir pierden los motivos de vivir", dicho sea con frase insuperable de Juvenal. En tren de citas, la del agudo consejero de Carlos V, el fraile Antonio de Guevara, viene a pelo: "Halla el gran tesoro de la vida quien se encuentra a sí mismo y nadie pierda más que quien se pierde a sí mismo".

Sentirse acorde con su alma es noble triunfo. Salomón nos lo expresará de un modo bien de su tiempo guerrero: "Aquel que conquistó su espíritu, está en mejor situación que el que conquista una ciudad".

Escaso caletre acusaba aquel médico que hizo este asettamiento a su enfermo: "Y si no come, ni bebe, ni juega, ni anda en aventuras galantes, ¿para qué quiere vivir?" Otra es la actitud de Anaxágoras: "Me preguntan para qué he nacido. Y yo respondo: para contemplar el sol, la luna y todo lo que en el mundo hay de bello". Diáfanos son también aquellos consejos de Epicteto: "Examina, comprende, alaba. Sirvete de tu alma inteligente y bendice la creación maravillosa". Los hombres malgastan y tuercen su vida por darle importancia a lo que no la tiene y quitársela a lo fundamental, que es vivir de acuerdo a las reglas de la Naturaleza. Mientras dormimos, la Naturaleza está fabricando magnificencias, para regalárnoslas al otro día. "Quien abrigando deseos modestos huye de las ambiciones, recreándose con pensamientos cordiales, sencillos, aun ve florecer para él esa edad de oro de que han hablado los poetas. Alcanza la Arcadia", cantará Zimmermann.

Por la sencillez, por la falta de ambiciones materiales, se tienen grandes logros: "¡Cuántas cosas hay en Atenas que yo no necesito!", exclama el sabio Anfitrión. Reaccionando contra la tiranía del ambiente, escribirá Axel Munthe: "Solemos transformar la vida, que es bella, en una farsa imbecil o en un drama desgarrador y hasta en las dos cosas a la vez".

Si ha dicho la sabiduría —y abona la experiencia— que una hora de angustia puede parecer una eternidad, en tanto los días placenteros pasan como si fueran horas, de seres juiciosos es proceder en consecuencia. Hay que adoptar un buen estilo de vida. Aristóteles tiene esto en su "Gran Ética": "El placer corporal que viene de la satisfacción, es inferior al de la vista, al del oído, al del pensamiento". Y sabemos todos que sólo los goces del alma no tienen contraparte. Nos enfermarán veinte comidas opulentas, pero defenderá nuestra salud el gozo de haber intervenido en veinte acciones altas o generosas.

"Así como seguimos reglas de higiene física —ha escrito Henry Bernstein— deberíamos obedecer a una higiene espiritual." Y apunta ese pensador con todo tino: "Hay personas limpias de cuerpo que son sucias de alma, de espíritu tortuoso, miserable, con la mente siempre ocupada por ideas torvas."

Y, como sufren, se complacen en hacer sufrir.

No se nos hable aquí de pesimismo y de optimismo. Y si se aludiere al optimismo, que sea para definirlo con las palabras cautas de Dutour: "El ver la vida con optimismo, no consiste en creer que todo va a salir bien, sino en creer que no todo va a salir mal." Nosotros a esto le llamamos "meliorismo", usando el acertado término, tan para la época, que inventó Jorge Eliot, esa espiritual escritora inglesa que firma como hombre. Para el meliorista, ni todo está bien ni todo está mal en la vida, pero está convencido —¡quiere estar convencido!— de que las malas cosas de este mundo se arreglarán un día, y esta idea es esencial para vivir, pues bien decía Rodó que "está en la humana condición que no haya bien mejor que la esperanza".

Vicente A. SALAVERRI

(Especial para EL DIA)



El Club "EL DIA" organizó un homenaje recordatorio a la memoria de Don José Batlle y Ordóñez, en la fecha del 31º aniversario de su desaparición.



El centro de Bogotá, colonial y moderna

CUANDO Armando Solano dijo que para el extraño no es fácil aprehender, ni tras de paciente labor, el alma de Bogotá, consagraba una de aquellas afirmaciones por las que se sabe que las estampas de ciudades se dan con frecuencia en módulos más o menos fotográficos, en pintorescos colores, y, objetivas según su carácter, alcanzan dimensiones de historia o interés anecdótico.

Ya no valdrían las notas de Maitre Renard, escritas varios lustros ha, con iguales justicia y enternecimiento acerca de una Bogotá del primer tercio del siglo, que solía

dar al viajero la idea de "una ciudad incipiente, incompleta, retrasada, que tiene acaso menos lámparas eléctricas o menos aparatos telefónicos que alguna capital de provincia".

Como si la invitación de la sabana, redonda como un océano y en la que el sol aparece y se pone como en los marinos horizontes, hubiérase sólo dilatado en unos años para equilibrar urgencias noveles con posibilidades ciertas, Bogotá esperó la hora de extenderse como aguarda la de completarse. Así es cierto que la ciudad colonial, la de los días independientes, la de los albores republicanos, si en algún modo recoleta por sus callejitas que trepan o reptan, si memoriosa en su Plaza Mayor, y vigente aún en el Altozano de su Catedral para las conversaciones de las cosas de ayer o para los diálogos de la expectativa; si barroca en San Francisco o en Santa Clara; si de venerables líneas en el Palacio de San Carlos, no establece discordancia al ligarse por extensas avenidas que acostumbra al viandante a los acelerados pasos, con los barrios que, como en todas las ciudades, responden a nueva conformación de la vivienda y se levantan en celulares pisos, en departamentos de funcional investidura, o alcanzan, como en las lindes del Chicó bogotano, el espacio para residencias de una sola planta en las que los trozos jardineros penetran en las habitaciones o desde las que, detrás de ventanales, ha de poder verse la miniatura lacustre, las islillas de piedra, las flores entremezcladas que recuerdan matices de trópico.

Se ha dicho por algunos que en la Bogotá moderna están triunfando de tal modo los perfiles arquitectónicos de altura, hasta el punto de que en una de sus calles principales, y haciendo abstracción de toques que la distinguen, se creyera circular por alguna ciudad de los Estados Unidos. Pero tampoco faltan los que, refiriéndose a veredas que a trechos se rodean de vaho neblinoso o por las cuales nos dan el rostro agujas de lluvia y cuyas casas se levantan con el amarillo adosamiento de pequeños ladrillos, sin revoque alguno, pensarán en cierto parecido londinense por la física del aire y de las construcciones y por la disposición del hombre con sobretodo y nara-

guas, si no existieran otras razones de buscarse más asidua y perspicazmente, como señales subjetivas, y que dan a Bogotá y a los bogotanos su tono propio, y tanto los caracteres de su sonrisa como de su melancolía.

"Todos alabamos — escribe Armando Solano — las cualidades mercantiles de lejanas comarcas. Nadie aspira a vivir en ellas. Ni la casta austeridad de las montañas de Antioquia, ni la belleza hebrea del valle del Cauca, ni el puro sabor castizo de la tierra boyacense, ni la vivacidad fosfórica de las costas, nada tiene fuerza bastante para sacar de Bogotá a quien ha caído en este remanso azul, sereno, donde la vida es leve."

Sus actuales guías de turismo, aún antes de que vayamos, en regreso después de varios años, por lugares que en fuerza se transformados ya parecen desconocidos, nos hablan de sus bancos monumentales, de sus palacios campestres, de sus lujosos hoteles, de su cocina internacional, de su evidente cosmopolitismo. Pero, más cerca de los que pudieran llamarse itinerarios sentimentales, de las lecturas de antaño y de ayer, de la voz de sus líricos que hablaron sobre todo por el alma de la ciudad que no puede contrahacerse, volvemos a la impresión primeriza cuando juzgamos que José Asunción Silva sintió, como el que más, a la sabana santafereña y estuvieron con él su aire líquido, su horizonte que se configura en azules líneas o su neblina que viaja para regarse y despejarse. Así es como, no obstante el triunfo de fábricas novisimas, de instalaciones millonarias que ya producen desde el alfiler hasta el automóvil, en cuanto busquemos, por el más próximo aldeaño, la dilatación de la sabana, alcanzamos la gracia y el suspiro de los nocturnos de Silva, cuya sombra larga alcanza proyecciones de recuerdo y de presencia.

Si la ciudad que en antes se rozaba con las faltas del Montserrate rampante y casi se detenía allende los jardines del Parque Nacional, se ha unido por casi todos los puntos de su área, quedan, muy cerca, espacios de sedativos verdoros o claros de la fronda, refrescados por el río Bogotá y extendidos y limitados por una aplacada cordillera, como aquellos por los cuales dis-

curria el poeta Julio Flórez, para requerir el bordón y componer sus estrofas, o, a mayor distancia, los playones del bajo Magdalena, gratos para el mismo cantor melódico y espontáneo, o las alturas por donde el Tequendama se arroja y pulveriza.

Hallamos vecindades de abierto campo o de égloga en voz reciente, como la de la famosa catedral salina de Zipaquirá o de la hacienda de Yerbabuena, sede del Instituto Caro y Cuervo, de grande riqueza filológica en donde como para fortalecer tanto a los sabios del idioma como a sus eternos estudiantes, se sirve a la postre del clásico tamal que reposa entre la fragancia de las hojas que le conservan, el chocolate santafereño de dulzor abrigante y la miel que se dijera hiblea, para despertar algún tema helénico, con el tierno queso de los rebaños de América.

Porque algo consustancial del alma y la figura bogotanas está en su vocación filológica, en la como predestinada capacidad de sus escritores. "Todo en Bogotá — según Silvio Villegas — se hace sin fatiga, en la más deliciosa complicidad con el ambiente. Sólo así se explican las investigaciones de un Caro, de un Cuervo, de un Suárez, quienes se paseaban por las cabeceras del idioma como por su paisaje familiar."

No fugaron de Bogotá, a impulso de los nuevos vientos, el sabor de la remembranza ni el saber de los antecedentes. Es el alma suya, por lo mismo, despierta para marchar desde la tradición hasta los días que se vuelven ágiles y se abrevian, como si se ligaran de pronto, venciendo las distancias y aproximando los climas por las rutas aéreas que ya parecen dominadas.

Y si es verdad que no se miden las edades tanto por los arribos cuanto por los puntos de partida, iremos en la ciudad de Bogotá desde encrucijadas evocadoras, como la de la angosta calle de la Agonía en donde el camarín del Carmen, según la imagen de Isabel Lleras Restrepo, es un recuerdo de la edad pasada, un testigo que vio cruzar al Virrey Solís y oyó el galope de la mula herrada y que es como si guardara a Santa Fe, tal vez preservando su espíritu, recatándolo en aquel cerrado mirador desde donde se exhala su aliento antiguo, hasta las abiertas calles y los empinados cristales, o desde el barrio de La Candelaria, la casa del florero o el pequeño rectángulo de San Carlos en donde sobre breve pedestal estudia y medita Rufino José Cuervo, como al amparo de familiares techumbres, hasta la Avenida Jiménez de Quesada, numerosa y bursátil, y que se aviene con el sentido de transeúntes contemporáneos que ya no van a detenerse frente a la ilustre piedra, ni a reconstruir glorias pasadas, ni a buscar la mínima flor entre los encajes, ya un poco desdibujados, de la reliquia; o desde el banco de recientes mármoles que guarda en sus claros subterráneos dorada arqueología de los indios, hasta la umbrosa Quinta de Bolívar o hasta el santuario de San Diego, de pulidos retablos e imágenes patéticas.

Ciudad a la que vio Julio Flórez, resplandeciente "bajo el ardor febeo", sobre la "gran quietud de la sabana", en horas finiseculares o en la que prolongaron sobre los primeros años del siglo XX, la calmosidad, el casi recogimiento de la centuria anterior, al despejarse su niebla se descubre en cada día más apretada y elevada, al propio tiempo que extendida, y si adquiere su figura la de las populosas de casi todas las partes del mundo, no deja el alma suya lírica expresión, brote ingenioso como el de los chispazos de la Gruta Simbólica, voluntad igual a la de los cachacos que no han enteramente desaparecido, discernimiento para recoger la mascarilla de los maestros, ambiente para evaporar la sorpresa y el augurio.

Bogotá, 1960.

Augusto ARTAS

(Especial para EL DIA)

RECUERDE U.D.

NO SE DEJE ENGAÑAR!!
NI SORPRENDER EN SU BUENA FE...

POR BOTIQUINES Y ARMARIOS PARA BAÑOS APARENTEMENTE SIMILARES A LOS NUESTROS

NUESTRA MARCA "JISSA" LO GUIARÁ EN SU ELECCIÓN

y garantizará su reconocida CALIDAD

EXIJALA NUESTROS PRODUCTOS TIENEN NUESTRA MARCA IMPRESA EN EL MUEBLE, SI NO LA ENCUENTRA RECHACELOS

POR CUALQUIER DUDA O ACLARACIÓN SIRVASE CONSULTARNOS

Establecimiento Industrial y Comercial JAMIL ISSA
YTU 1824 - TELEFONO 500261

Sea propietario en **MONTERREY**

- Cno. Carrasco (antes del Parque)
- Omnibus cada 10 minutos
- Luz. Pavimento. Agua

GRATIS 5.000 LADRILLOS DE PRENSA

INFORMES **DAR S.A.** 25 de Mayo 470
Esc. 16 P. 2 (DE MAÑANA)

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

ITO TOMÓ ESA DIRECCION.
Dijo: "MI TARZAN TIENE
PROBLEMAS. VOY A AYU-
DARLO."

DIME TARZAN, EL MUCHACHO
A QUIEN BUSCAMOS, ES TU
HIJO?

NO HUMO ES UN PEQUEÑO QUE YO ENCONTRE.
LO LLAME ITO. PERO LO QUIERO, COMO A UN
HIJO.

POR LOS SENDEROS DE LA HÚ-
MEDA Y LOBREGA SELVA, TAR-
ZAN Y HUMO CORREN ANSIO-
SAMENTE, MIENTRAS LOS RAS-
TREADORES "PEQUENITOS" SI-
GUEN LAS HUELLAS DE ITO.

LA JUNGLA ES MUY GRANDE,
TARZAN, PERO LO ENCONTRA-
REMOS.

TENEMOS QUE
ENCONTRARLO,
OGU, DEBEMOS.



HASTA QUE LA NOCHE ENVOLVIÓ LA
JUNGLA, LOS RASTREADORES "PE-
QUENITOS" SIGUIERON LAS HUE-
LLAS DE ITO.
LUEGO, UNA NOCHE LARGA, DE
TEMOR Y ANSIEDAD PARA TAR-
ZAN. Y CUANDO AMANECIÓ LAS
HUELLAS LLEVARON A LOS RAS-
TREADORES HASTA UN CLARO,
ILUMINADO POR EL SOL, DON-
DE TARZAN TENDRÍA LA MÁS
EXTRANA AVENTURA.

EL NIÑO PASÓ POR
AQUI, TARZAN.

MIRA, TARZAN. ALLÍ
HAY ALGUIEN!

...Y POR
AQUI.

RAPIDAMENTE LA PEQUEÑA BANDA SE ACERCA AL SITIO
DE DONDE SALE LA COLUMNA DE HUMO.

TENEMOS QUE ENCONTRARLO!
ITO DEBE ESTAR ALLÍ... CON
ESA CARAVANA!

BILL
ELLIOTT
JOHN
CELARDO

LO QUE TARZAN VE, PERO
NO PUEDE OIR...

UN TROFEO DE UN MILLON DE DÓLARES, JOE.
UN MUCHACHO SALVAJE QUE HABLA
INGLÉS. TOMA BASTANTE PELÍCULA
DE NUESTRO DESCUBRIMIENTO.

YO CREÍ QUE UDS. ME AYU-
DARIAN A BUSCAR A TAR-
ZAN. SI NO LO HACEN,
ME IRE.

OYES LO QUE NUESTRO SALVAJE MUCHACHO
DICE, CHARLIE? QUE NOS VA A DEJAR.
JA-JA-JA.



Nutre,
vigoriza,
fortalece.

TODDY

No tiene,
ni puede
tener similares.



Casa Soler
SOLER HNOS. S. A.

sinfonía de colores en **TEJIDOS**

ZEPHIR "MIX" a cuadros y rayados, una marca exclusiva garantida al lavado. Ancho 0.85, el metro \$

7.⁵⁰

ALGODON FANTASIA ANTIARRUGAS, en una extraordinaria variedad de estampados. Ancho 0.90, el metro \$

8.⁵⁰

PIQUE "MINICARE" a lunares, en delicadas combinaciones de colores. Ancho 0.75, el metro \$

9.⁵⁰

ALGODON Y SEDA ESTAMPADO inarrugable, en la mas completa colección de diseños. Ancho 0.90, el metro \$

10.⁵⁰

POPELINA LISA en amplia corta de colores, ideal para vestidos y blusas. Ancho 0.90, el metro \$

11.⁵⁰

SHANTUNG ESTAMPADO tipo lino, en originales dibujos. Ancho 0.95, el metro \$

14.⁵⁰

TELA PILOT de nylon impermeabilizada en los colores de actualidad. Ancho 1.00, el metro \$

15.⁵⁰

SATIN DE ALGODON ESTAMPADO, tejido de gran vestir, una exclusividad de nuestra Sección Tejidos. Ancho 0.90, el metro \$

18.⁵⁰

RASO DE SEDA MATE para vestidos de reunión, en variedad de colores. Ancho 1.00, el metro \$

21.⁵⁰

REPS DE SEDA ESTAMPADO, novedosa tela recién recibida. Ancho 1.00, el metro \$

23.⁵⁰

ORGANZA DE NYLON americana, en delicados diseños para jovencitas. Ancho 1.20, el metro \$

26.⁵⁰

PIQUE LABRADO, regio algodón para sport en una moderna carta de colores. Ancho 0.90, el metro \$

28.⁵⁰

CASA MATRIZ - Av. AGRA-
CIADA 2302 esq. Marcelino
Sosa - Tel. 20 09 61

SUCURSAL GOES - Av. GE-
NERAL FLORES 2341 esq.
Marcelino Berthelot.
Tel. 2 42 00-2 43 00-2 44 00

SUCURSAL CORDON - Av.
18 DE JULIO 1601 esq. Car-
los Roxlo - Tel. 40 41 11

CLIENTES DEL INTERIOR:
Dirijan vuestros pedidos a
nuestra CASA MATRIZ - Av.
Agraciada 2302 y M. Sosa.

NOVEDADES IMPORTADAS:

SEDAS NATURALES ESTAMPADAS ITALIANAS, BROCATOS, RADZIMIR, ORGANZAS, PANA
MIRACLE, TERGALES Y ALGODONES FRANCESES, ENCAJES, BRODERIES Y CLUNYS SUIZOS.

MAS DE MEDIO SIGLO BRINDANDO

Precios al alcance de todos